

nales correccionales llegó á 44,320: en este mismo año, hubo 4,179 procesados por abuso de confianza y 4,257 por estafa.

Muchos perezosos y libertinos se contentarían con el hurto ó la estafa, porque lo que quieren es dinero, y si pueden procurárselo sin el homicidio, se contentarían con la apropiación fraudulenta: pero este oro tan codiciado, está encerrado en cajas fuertes, estas están encerradas en las casas, estas son habitadas, y entonces el hurto va acompañado de la violencia, del escalamiento, y si es preciso, del asesinato.

De algunos años á esta parte, la estafa ha tomado una forma particular y repugnante, el engaño por medio de la prensa. En las grandes ciudades, se han creado periódicos que en realidad no son, sino empresas de estafa por medio del engaño. Negociantes, sacerdotes, mujeres casadas, por medio de hábiles manejos son invitados á que entreguen cantidades importantes bajo diversas formas, como la compra de acciones del periódico, si no quieren ser objeto de ataques ó pérfidas suposiciones. Durante diez años, un periódico de Li6n, ejerció por este medio un verdadero terror. Y no se diga, que todas las víctimas de este género de estafa tenían algo que echarse en cara, cuando consentían en comprar el silencio del periodista: las personas de carácter tímido, para evitarse los disgustos de un proceso y disfrutar de tranquilidad, prefieren hacer un sacrificio pecuniario. ¡Cálculo estéril! porque el estafa, alentado con el éxito, acude á nuevas tentativas y maniobras. En Li6n, sin embargo, una mujer tuvo el valor de defender su honra y formular una denuncia.

He ahí una forma de esta estafa vergonzosa: so pretexto de publicar una colección de causas célebres, un miserable, que toma el título de publicista, escribió al jefe de una familia en la cual había tenido lugar un drama judicial, y le comunicó su intención de publicarlo, y al propio tiempo que aceptaría todas las rectificaciones que se quisieran hacer. Otras veces con nombres muy transparentes, se publica una novela con todos los detalles. ¿Estas estafas infames, cometidas por pilluelos enguantados y de buenas maneras, no son más indignas aun, que las antiguas formas de la estafa y el robo?

LIBERTINAJE.—El libertinaje debilita, amortigua la voluntad, aparta del trabajo, y conduce á gastos excesivos. Si la justicia encuentra hoy entre los procesados á tantos jóvenes, es porque estos, desde muy temprano contrajeron hábitos de

desorden. En las grandes ciudades, encuéntrase mozalvetes de catorce ó quince años que tienen ya sus concubinas. La depravación de la juventud, no se observa tan sólo entre las clases inferiores; he tenido ocasión de comprobar varias veces los hábitos de la inmoralidad más repugnante entre jóvenes de las clases más elevadas. Estas perniciosas costumbres frecuentemente son el camino del delito: secan el corazón, extinguen los afectos de familia y el sentimiento del honor. Después de haber disipado sus recursos y los de sus padres, el joven libertino se convierte en estafa, ladrón, rufián, y algunas veces asesino. En las grandes ciudades hay cafés, bailes públicos, casas de tolerancia, frecuentadas ordinariamente por gente perdida, que asocian el delito con el libertinaje: auxiliadas por sus rufianes, las prostitutas cometen un gran número de hurtos y estafas, que casi siempre quedan impunes, porque las víctimas no osan denunciarlos.

Una vez adquirido el hábito del desorden, es muy difícil abandonarlo. Un hombre violento, que por venganza ó cólera ha delinquido, se corregirá con mucha mayor facilidad que un libertino. «Lo que me ha perdido, decía Roch, un condenado á muerte, á M. Appert que fué á visitarle, son las prostitutas, el vino, el juego... yo no sé qué, me llevaba al libertinaje (1).» *El vino, el juego y las mujeres*, como se canta en la ópera, en la vida real, conducen muchas veces á un libertino, á un jugador, á un ébrio ante los Tribunales (2). Un poeta, un artista, pueden perder en este juego su talento, los demás perderán su honor.

El desorden en las costumbres, es la principal causa de la criminalidad en la mujer. La estadística criminal de 1860, que reasume los diez años anteriores, demuestra, que de 100 mujeres acusadas, 25 habían tenido hijos naturales, ó habían vivido en el libertinaje. *Mulier amisa puditia, nihil abnuerit*. Se-

(1) Ah! malheur à celui qui laisse la debanche  
Planter le premier coup sous sa mamelle gauche!  
Le cœur d'un homme vierge est un vase profond;  
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure  
La mer y passerait sans laver la sonillure.

(*La coupe et les levres*, Alfred de Musset.)

El vino y las mujeres, hacen caer aun á los sabios. (*Eclesiástico*, capítulo XIX, 2.)

(2) *Presidios y cárceles*, t. I, pág. 32.

gún la elocuente frase que oí de labios del distinguido abogado de Aix, M. de Seranon, en el Tribunal de los Assises, el pudor en la mujer, es como el hilo que retiene las perlas de un collar: roto el hilo todas las perlas caen. El desorden en las costumbres, no solo engendra un gran número de delitos contra el pudor, sino otros crímenes, como el asesinato, el envenenamiento, el infanticidio, el aborto. Cuando la mujer se deja dominar por una pasión violenta, por un delirio, que desconocieron el día en que se aparejaron, los brutos y las fieras (Esquilo), puede ocurrírsele el propósito de deshacerse de su marido. «No os fieis de la libertina dominada por el espíritu de desorden; si os oponéis á sus deseos, no habrá medio que no emplee contra vos: no la detendrán los lazos más sagrados de la naturaleza: os hará traición, os sacrificará y os inmolará.» (Bourdaloue, *Sermón sobre la impureza.*) La misma falta que comete, le hace odiar al esposo á quien ultraja, solo ve en él un obstáculo á la satisfacción de su deseo, á un enemigo, y cuanto más afectuoso y bueno sea su marido, más aversión le tendrá su mujer.

En todas las épocas, en todos los pueblos, se ha probado que la mujer adúltera se desembaraza de su marido, muchas veces por medio del veneno. El proceso más notable de envenenamiento de esta clase, fué fallado en 1868, por el Tribunal de los Assises de Boca del Ródano: los debates, á los cuales asistí, revelaron hechos inverosímiles: un herborista tenía en Marsella una tienda de venenos, que empleaban las mujeres que querían librarse de sus esposos, para poderse entregar mejor al libertinaje. Todo se descubrió por la indiscreción de una mujer, que dedicada al mismo infame comercio, denunció al herbolario que le hacía la competencia.

El adulterio no solo hace olvidar á las mujeres sus deberes de esposa, sino también, en ocasiones, los de madre. Para seguir á su amante, llegará á abandonar á sus hijos, llevándose los recursos de la familia, como los animales que abandonan á sus pequeñuelos, y algunas veces los matan, para entregarse mejor á nuevos amores. Tuve que instruir procedimiento contra una mujer que había abandonado á sus tres tiernos hijos en un cobertizo, para entregarse al desorden; solo una vez al día, iba á dicho sitio, pero arrojándoles el pan desde una ventana; cuando con el juez de instrucción nos constituimos en el cobertizo, encontramos á los niños casi desnudos, tendi-

dos en la paja ensuciada por sus excrementos; el hambre, el frío, el abandono, el encierro, los sufrimientos de todas clases, durante tanto tiempo, les había hecho volver casi idiotas: uno de ellos tenía los pies consumidos por la gangrena. En las investigaciones judiciales que he debido practicar, he sido testigo de espectáculos espantosos: una vez, hube de proceder por el asesinato de cuatro individuos de una misma familia, degollados como corderos por una banda de italianos, y sin embargo, la vista de estos cadáveres, era menos repugnante que la de aquellos tres pobres niños abandonados por su madre. Es oportuno aquí recordar, que la mayor parte de las mujeres que tomaron parte activa en los crímenes de la *Commune*, eran prostitutas, y otras mujeres entregadas al más desenfadado libertinaje (1).

Si quisiera describir aquí los delitos que el desorden hace cometer á los hombres, debería presentar los cuadros más desoladores. Con cuanta razón comparaba Platón el libertinaje, con un monstruo enorme, cruel y con muchas cabezas. (*República*, l. IX). El libertino llega hasta asesinar á la mujer que resiste á sus violencias, y abrir en canal á la muchacha á quien acaba de deshonorar. El Tribunal de Assises de las Bocas del Ródano debe juzgar frecuentemente crímenes de esta clase. Recientemente, una joven fué muerta á puñaladas por su cuñado, que quiso poseerla, junto á la alcoba en que dormían sus hijos. Un oficial zapatero, no pudiendo obtener la mano de una muchacha de la cual estaba enamorado, le clavó la cuchilla en la espalda. Un licenciado del ejército, encontró á un muchacho en un bosque, le hizo sufrir los mayores ultrajes, y luego lo estranguló y lo arrojó al mar. En presencia de crímenes tan monstruosos, si el magistrado olvidara que no debe juzgarse á la humanidad, por algunos casos escepcionales, casi habria de creer, como M. Taine, que el hombre es un ser lúbrico y feroz.

La observación hecha sobre los criminales durante su detención, confirma este enlace del desorden y la maldad, que tantas veces se ha comprobado existió también en los criminales de que hablan las historias. Sabido es que los reyes más crueles, casi siempre han sido reyes de malas costumbres. De

(1) Información parlamentaria sobre el 18 de marzo; declaración del general Guillard.

igual suerte, hase observado que los penados de peor índole, son los hombres de la crápula. (*Anales médico fisiológicos*, 1875, pág. 170.) Sócrates tuvo razón cuando dijo: «Nada hay como la crápula, que nos aparte más del decoro y del deber... ¿Qué diferencia hay, ó Entidemo, entre el bruto y el desordenado? ¿cómo distinguir del bruto, al que no dirigiendo nunca sus miradas al bien, solo busca la voluptuosidad, y no vive sino en ella y por ella obra? (Xenofonte, *Máximas memorables*, l. IV, cap. v.) Según la exacta afirmación de Bacón, el apetito del placer, no se colma nunca con sus goces; la satisfacción de un placer despierta la sed de otro mayor; para procurárselo, el hombre desordenado no retrocederá ante los atentados más repugnantes.

Si se consulta la historia, veranse muchos ejemplos, de que la pérdida de las buenas costumbres, tan fatal es para los pueblos como para los individuos: la decadencia ha seguido siempre al desorden moral, un pueblo cuyas costumbres son puras, es más fuerte, más poderoso que otro que las tenga malas. La debilidad de los pueblos de Oriente y su cobardía, proviene en gran parte de su inmoralidad.

AMOR AL LUJO Y AL TOCADOR.—En la enumeración rápida de las pasiones que llevan al delito, ¿cómo puede prescindirse de la pasión del lujo y del tocador, que pasan de las clases elevadas á las más inferiores? ¿Cuántas mujeres obtienen del adulterio y aun de la prostitución, los recursos necesarios para sufragar los excesivos gastos de su tocador! ¿Cuántos hombres se vuelven estafas, ladrones, falsarios, para satisfacer las necesidades del lujo, mayores que sus propios recursos! Los pequeños comerciantes, los modestos empleados, los mismos obreros de las grandes ciudades, no son los últimos en procurarse los costosos placeres de la mesa y el moviliario. Mas ostras se consumen en las tabernas, que en muchas casas de la clase acomodada. Los salarios de los obreros, en buena parte se invierten en placeres, en gastos del café, y aun en carruajes de recreo: olvidánse por completo la templanza y la economía. Así no me admira que el Guarda sellos consigne en su informe de 1885, que el espíritu del lujo ha invadido las clases inferiores de la sociedad. Vese ya, que las modas seguidas en París, se adoptan en los pueblos de provincias, y obligan á mujeres de modesta posición á gastos excesivos: se abandonan los trajes locales, por más que sean económicos, y que puedan aun llevar-

se, por más que sean algo usados. Todos estos gastos del lujo, llevan á la ruina y al delito, porque cuando faltan los recursos para satisfacerlos, se obtienen con medios reprobables: el espíritu de imitación, entra por mucho en estos peligrosos compromisos que han invadido á las clases inferiores. La pasión de la igualdad y de la vanidad, es tan poderosa en Francia, que según la frase de M. Saint-Marc Girardin, queremos ser los iguales de nuestros superiores, y los superiores de nuestros iguales.

ALCOHOLISMO.—He indicado ya los progresos del alcoholismo y la necesidad de combatirlos, por medio de disposiciones legislativas. Solo añadiré una palabra en contestación á las siguientes observaciones de M. Renán: «Las sociedades de templanza, dice, se apoyan en excelentes intenciones, pero en un error. En vez de corregir la borrachera en aquellos que lo necesitan, ¿no sería mejor el ensayar, el hacerla suave, grata, acompañada de sentimientos morales? Hay muchos hombres en quienes, la hora de la borrachera, es, después de la hora del amor, el momento en que son más buenos.» (*Diario de los Debates*, 7 octubre 1884.) Si el sabio doctor del Colegio de Francia conoce un medio de hacer la embriaguez suave, grata, acompañada de sentimientos morales, debía haberse apresurado á indicarlo, porque hasta ahora la embriaguez ha hecho á los hombres, disputadores, malos, poco amables y poco morales. ¿Cuántos hombres dominados por este vicio, buscan disputas con sus camaradas, con sus vecinos, con los transeuntes, á quienes ni siquiera conocen! Lo que Tácito escribía de las querellas que se promovían entre los Germanos, excitados por las bebidas, se reproduce en nuestros días en las tabernas. «Estallan á menudo entre ellos, como entre los bebedores chispados, disputas y querellas, en las cuales raras veces se limitan á las injurias, y casi siempre terminan con combates y heridas.» (*Costumbres de los Germanos*, párr. 22.) Estas querellas entre bebedores, acaban frecuentemente con homicidios, y en cada sesión de los Assises, tenemos ejemplos de ello. ¿Cuántos acusados dominados por la borrachera, tratan en este estado de abusar de los muchachos! ¿Cuántas ofensas públicas al pudor, cuántos atentados á las buenas costumbres, se cometen á seguida de los abusos alcohólicos, aun por padres contra sus hijas, y en condiciones tan repugnantes, que es imposible consignarlas por escrito! Si M. Renán asistiese alguna vez á los

debates de los Tribunales, y se hiciese cargo de los actos de inmoralidad, de brutalidad, de crueldad cometidos durante la embriaguez, creo que sería menos indulgente con ella, y en vez de pensar que la hora de la embriaguez es para muchos hombres la mejor, vería que es el momento en que son peores, porque entonces están privados de la razón y se portan como brutos (1).

En los días críticos de conmoción pública, los revolucionarios saben muy bien lo que hacen, cuando hacen entrar á los obreros en las tabernas, para poderles así excitar más y más. El 18 de marzo, se empujaba á los soldados á los cafés y tabernas, para conseguir más fácilmente que faltasen á sus deberes. La estadística confirma la relación que existe entre el alcohol, la criminalidad, la locura y el suicidio. En el Congreso internacional sobre el alcoholismo, celebrado en París en 1889, M. Ivernés sentó, que á medida que aumenta el consumo del alcohol, aumenta también el número de delitos y casos de locura en Francia, Italia y Bélgica: otro individuo del Congreso demostró que la criminalidad disminuía en Noruega, al propio tiempo que disminuía el consumo del alcohol. (*Archivos de neurología*, 1889, tomo XVIII, pág. 286.) Por consecuencia del consumo cada día mayor de licores alcohólicos, en particular de la absenta y la mala calidad de los alcoholes, que son verdaderos venenos, han aumentado los casos de locura alcohólica de una manera espantosa. Desde 1881 á 1885, según el informe del senador M. Claude, representaban el 15 por 100: hoy ascienden al 30 por 100. (P. Garnier. *La locura en París*, pág. 33.) ¡Qué consecuencias tan fatales para la salud y la inteligencia de los hijos, por el alcoholismo del padre! Muchos hijos de estos infelices son verdaderos degenerados: y por último conviene consignar que entre las causas impulsivas del suicidio, ocupa el primer lugar, la embriaguez.

ODIO Y VENGANZA.—Hay aun hombres que dañan á otro por pura malicia, sin obtener resultado alguno de sus delitos.

(1) Los Romanos, decían de una mujer que hacía un uso inmoderado del vino «que había cerrado su corazón á todas las virtudes, y lo abría á todos los vicios.» (Valerio Máximo, lib. VI, cap. III.) Muchos siglos antes de Jesucristo, Manou castigaba la embriaguez, «porque el hombre beodo, privado como está del uso de la razón, puede cometer cualquier acto punible.»

que asesinan por odio y por venganza. Las discusiones de intereses entre parientes, las rivalidades profesionales, las disputas entre vecinos, el descontento de los obreros y los criados despedidos, el resentimiento de los leñadores y merodeadores contra los agentes de vigilancia pública, las venganzas de las mujeres abandonadas, cada año, determinan un gran número de crímenes. En la sesión de mayo de 1889, tuve que juzgar á un criado, que á consecuencia de una diferencia con su amo, de importe tres francos, puso fuego á las caballerizas y graneros, causando la muerte de la familia de su amo: este hombre no era un loco, pero era un malvado que había sufrido varias condenas. La perversidad humana no tiene límites, ¿no se ha visto á algunos miserables que han hecho descarrilar los trenes en los caminos de hierro? Aquella ha inspirado un número extraordinario de delitos contra la propiedad, así es que en la Estadística criminal de 1860 figura la cifra de 1,736 delitos de esta clase (pág. XLVI).

Con frecuencia las uniones ilegítimas acaban con disputas, lesiones y aun homicidios, pues pronto el odio sucede al amor: y esto acontece también algunas veces en uniones legítimas. Sabido es como la cólera de la mujer abandonada y celosa, inspira atentados contra la mujer preferida, contra el marido ó el amante infieles. En el asunto Vitalis y Boyer, se vió á una hija, bajo el imperio de los celos, concebir un odio mortal contra su madre, hasta llegar al parricidio. En nuestros días, más que nunca, por efecto de la indulgencia excesiva de los jurados en los delitos de pasión, la venganza y los celos de las mujeres se demuestran con el revólver y el vitriolo. La venganza era placer de los dioses, pero también es el de las mujeres.

¿Qué es lo que no intenta la mujer en su favor? Conocidos son aquellos arranques dramáticos de nuestros grandes poetas, Corneille y Racine, puestos en boca de la mujer abandonada que quiere vengarse:

*S'il cesse de m'aimer; qu'il comence à me craindre,  
Il verra, le perfide, à quel comble d'horreur  
De mes resentiments peut monter la fureur...  
Tombe sur moi le ciel, pourvu que je me venge, etc.*  
(Corneille.)

La observación de los acusados, á quienes los celos y la venganza han hecho criminales, confirma la perfecta verdad de los caracteres de Medea y Hermiona.

Los celos, que algunas veces llevan al hombre al mismo extremo, pueden ser origen de riñas, violencias y aun homicidios: así es que últimamente, en los alrededores de Aix, un médico intentó envenenar á un colega suyo por medio de unos tordos que contenían arsénico.

El hombre que ha cometido errores graves, no puede sufrir que se los recuerden, y toma aversión verdadera al que se los echa en cara. El marido que tiene la costumbre de embriagarse, empieza por pegar á su mujer, al momento en que ésta le hace alguna observación sobre aquel vicio. El que seduce á una joven con promesas de matrimonio, se enoja por la insistencia de su víctima en pedirle el cumplimiento de su palabra, y acaba por emplear violencias de todo género. (Proceso Roure.) El ladrón, irritado por las reconvenciones y quejas de la víctima, puede sentir contra ésta el odio más violento y llegar hasta el asesinato. (Proceso Simian.) El odio del disipador contra el que se enriquece con su trabajo y economía, va unido algunas veces á la codicia, que le pueden llevar al homicidio. El hombre puede llegar hasta odiar á su bienhechor, tan sólo porque le está obligado: así en el proceso Toledano, Sidbon y Grego, la víctima que había prestado dinero varias veces á Sidbon, despertó la envidia que luego se convirtió en odio reconcentrado, el día en que Grego rechazó una nueva petición de préstamo.

¿Por qué, el que abandona sus opiniones políticas ó religiosas por interés, toma tanta aversión á sus antiguos correligionarios? ¿Por qué quieren hasta destruir el Dios á quien abandonaron? ¿Por qué el fanatismo religioso ha encendido tantas hogueras? ¿Por qué la intolerancia atea, suscita aun hoy día tantos actos de persecución? ¿Por qué la aversión entra algunas veces en el alma de los devotos? ¿Por qué un odio salvaje anima á algunos sectarios contra la idea religiosa y los que la representan? ¿Por qué en los días de agitación, son asesinados los sacerdotes, los magistrados y los gendarmes? El ánimo se confunde, ante estas explosiones de odio, de maldad, de envidia y ruindad.

La diversidad de las pasiones, es lo que produce la diversidad de delitos y de crímenes. El crapuloso comete los delitos contra el pudor, el codicioso se hace falsario, ladrón y estafa: el que obedece á sentimientos de venganza y cólera comete violencias contra las personas ó devasta las cosechas. Pero, las

pasiones se atraen las unas á las otras: el desorden, la codicia y la violencia se ven muchas veces reunidas en un mismo reincidente. En el casillero de procesados y acusados, los magistrados ven ordinariamente que figuran condenas por hechos distintos: en un mismo boletín se encuentran condenados por robo, atentados al pudor, vagancia, atentado, etc., etc. Este hecho comprobado por la experiencia, sale al encuentro de la teoría de la escuela italiana, que no sólo hace del hombre criminal un hombre distinto, sino que atribuye á los criminales una naturaleza, una fisonomía particular, anomalías especiales, según la clase de delitos cometidos. Es verdad, que algunos delincuentes no se apartan de cierta categoría de delitos; así hay vagos y mendigos que sólo son penados por vagancia y mendicidad; y otros que sólo lo son por atentado, por embriaguez, por rebelión. Pero estos delincuentes son pocos en número, y pertenecen á lo que se puede llamar la pequeña criminalidad. En general el hombre que pasa á ser criminal por hábito, vá de un delito al otro con la mayor facilidad: el ladrón por lo común pasa á ser asesino. El individuo condenado por abuso de confianza, comete un delito de lesiones ó atentado contra el pudor. En realidad, salvo algunas excepciones poco numerosas, no hay categorías separadas, distintas de criminales, que cometen un género especial de delitos. Los criminales pasan fácilmente de uno á otro, pues como dice Rotrou: «Como las virtudes, los delitos unos llevan á otros como un encadenamiento.»

Véase pues, como para explicar la criminalidad, no es necesario suponer en los criminales, una organización física distinta de los demás hombres. La violencia de las pasiones, inherentes á la humana naturaleza, la esperanza de la impunidad, la imagen acariciada del provecho que puede sacarse del delito, bastan para explicar la violación de la ley moral y de la ley positiva. Si el delito fuese el resultado de una anomalía física ó psíquica, ó si fuese debido á causas sociales, ¿por qué la inclinación al delito disminuye cuando la edad avanza, y aumenta en el período de los veinte y uno á los treinta años? Si la tendencia al delito se debilita á medida que se calman las pasiones y la razón adquiere mayor vigor, ¿no es esto una prueba de que es necesario buscar las principales causas de la criminalidad, en las pasiones?